

— Te escucho, mamá.

Pero Luisa tuvo que acercarse á su oído y seguir con atención el movimiento de sus labios, para poder recoger, al objeto de darles sentido, voces muy débiles y entrecortadas.

— Has aprendido mucho, Luisa, y también tu hermano. *Hologías* de toda especie, desde la mañana hasta la noche. Si alguna *hología* existe que no se haya gastado hasta el exceso en mi casa, sólo espero que no hablen más de ella.

— Te oigo bien, mamá. Esfuérzate sólo un poco, para continuar.

Luisa decía esto para impedir que su madre se dejara llevar por la corriente demasiado á prisa.

— Pero existe una cosa que no se halla en las *hologías*... Tu padre la ha omitido ó la ha olvidado, Luisa. No sé de fijo lo que es. Pensaba en ello, cuando Sissy estaba aquí, sentada á mi lado. Ahora ya no podré recordar el nombre. Esto me dá inquietud. Quiero escribirle y rogarle en nombre del cielo que lo descubra. Dame una pluma, dame una pluma.

No tenía fuerza para moverse; solo su pobre cabeza seguía meneándose de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, no pudiendo disponer de otro lenguaje.

Se figuró, no obstante, que se le había dado lo que pidiera y que tenía entre los dedos la pluma, á pesar de que no la hubiera podido sostener. Poca importancia envuelven las letras ininteligibles que escribía imaginariamente en los sobres. No tardó en quedar inmóvil la mano que las trazara; se apagó la luz que diera brillo tan débil y dudoso á aquella sombra chinesca, medio borrada, y la Sra. Gradgrind, á pesar de su corta inteligencia, se sintió revestida de la gravedad imponente de los sabios y de los patriarcas, al salir de las tinieblas en que el hombre se arrastra y se agita en vano.

CAPÍTULO XXVI

LA ESCALERA DE LA SRA. SPARSIT

Como los nervios de la Sra. Sparsit se resistían á tonificarse, esta digna señora hizo una estancia de algunas semanas en la villa Bounderby, donde se resignó á alojarse y alimentarse como una princesa, á pesar de la inclinación cenobítica de su espíritu, fundada en un sentimiento de las convenciones, por razón de su empobrecido estado. Mientras duraron aquellas vacaciones, la guardesa de la casa de

banca permaneció fiel á sus funciones, persistiendo en compadecer al Sr. Bounderby en sus barbas, con pie la l tan tierna, que pocos hombres pueden lisonjearse de haber inspirado otra igual, y también seguía llamando al retrato del propio objeto de su ternura: « Imbécil », en sus barbas, con amargura y desprecio hondos.

Como el tempestuoso Bounderby se había metido entre ceja y ceja que la Sra. Sparsit era una mujer superior, ya que había ella observado la contrariedad general é inmerecida de que él debía quejarse (aunque no sabía de fijo lo que era) y como, además, se figuraba que Luísa se hubiera opuesto á recibir visitas frecuentes de esta señora, sin el respeto que debía á la voluntad de su señor y dueño, resolvió no separarse fácilmente de la Sra. Sparsit. Por ello fué que, hallándose bastante aliviados los nervios de la parienta de los Scadgers, para volver á consumir de nuevo la molleja de ternera de la soledad, él la dijo en la mesa, durante la comida, el día antes que se marchara:

— Ah! señora, venga aquí todos los sábados, y quédese hasta el lunes, mientras dure la buena estación.

A lo que respondió la Sra. Sparsit en estos términos, más ó menos, á pesar de no haber abrazado la religión mahometana:

— Oír es obedecer.

No siendo poética el alma de la Sra. Sparsit, ¿cómo fué que le acudió á las mientes esta idea, formulada por medio de una alegoría? A fuerza de inspeccionar á Luísa, de observar aquel aire impenetrable, que aguzaba la curiosidad, terminó por elevarse á la altura de la inspiración. Levantó en su espíritu una escalera inmensa, en cuya base se descubría el profundo abismo de la vergüenza y de la deshonra; y de día en día, de hora en hora, veía á Luísa rodando gradualmente por esa escalera.

La Sra. Sparsit no se ocupaba más que en mirar su escalera y seguir con los ojos á Luísa, mientras ésta bajaba, ora con paso lento, ora á prisa, ya franqueando varios peldaños á la vez, ya parándose, aunque sin intentar nunca volver á subir. De retroceder un solo paso, la Sra. Sparsit hubiera sido capaz de sentir *spleen* y de morir de tristeza.

En efecto, Luísa siguió bajando, sin detenerse, hasta el día en que el Sr. Bounderby hiciera á la Sra. Sparsit la invitación semanal que más arriba hemos indicado. Estaba esta señora, pues, de buen talante y dispuesta á conversar.

— A propósito, caballero — dijo — si me permite preguntarle algo que lleva V. con reserva

(y es mucho atrevimiento el mío, sabiendo, como sé, que no obra V. nunca sin motivo) ¿ le ruego que me diga si ha descubierto V. alguna cosa más ?

— No señora, todavía no; y ello me sorprende, dadas las circunstancias. No se hizo Roma en un día.

— Tiene V. razón, caballero — dijo la Sra. Sparsit, moviendo la cabeza.

— Ni en una semana.

— No, en verdad, caballero — replicó la Sra. Sparsit, con dulce melancolía.

— También yo, como comprenderá V., señora — dijo Bounderby — puedo esperar. Si Rómulo y Remo aguardaron ¿ por qué no debe hacer lo mismo Josué Bounderby de Cokeville? Ellos disfrutaron, sin embargo, de una juventud más dichosa que la mía. Tuvieron una loba por nodriza; yo también tuve una loba, no por nodriza, sino por abuela. En vez de darme leche, me golpeaba. Era una verdadera vaca de Alderney.

— ¡ Ah !... suspiró la Sra. Sparsit, estremeciéndose.

— No, señora — prosiguió Bounderby. — No he sabido nada más. Sin embargo, el asunto se encuentra en buenas manos; y el joven Tom, que trabaja ahora con bastante ardor (cosa

nueva en él, pues no se ha educado como yo), ayuda á la policía tanto como puede. Yo les hago la siguiente recomendación : « Estad tranquilos y haced el muerto; obrad secretamente, tanto como queráis, pero sin dejar que se transluzca nada; de lo contrario veríamos coaligarse á esos canallas, para poner fuera de alcance al individuo desaparecido. Estad tranquilos; los ladrones perderán poco á poco el miedo y les pondremos la mano encima.

— Muy bien pensado, caballero — dijo la Sra. Sparsit. — Esto me interesa mucho. Y ¿ la vieja de que habló V., señor ?

— La vieja de que hablé — interrumpió Bounderby, con tono acerbo (pues de nada podía alabarse respecto á ella) — no se encuentra, pero puede estar segura que darán con ella, por poco que quiera satisfacer su vieja cabeza malvada. Creo, sin embargo, si he de manifestar mi opinión, que cuanto menos se hable de ella, mejor será, señora.

Hallándose aquella noche descansando la Sra. Sparsit de sus tareas de embalaje, junto á la ventana, volvió á mirar hacia su gran escalera y percatóse de que Luisa bajaba sin cesar.

Sentada estaba junto al Sr. Harthouse, en un bosquecillo del jardín, hablando en voz muy baja; él inclinábase hacia ella y su semblante

tocaba casi los cabellos de Luísa... Si no los tocaba realmente — decíase la Sra. Sparsit, haciendo grandes esfuerzos con sus ojos de halcón, para ver más claro. Se encontraba demasiado lejos de ellos, para que pudiese oír una palabra de su conversación ó enterarse de que hablaban realmente en voz baja, aunque lo deducía por su postura. Decían lo siguiente :

— ¿ Se acuerda V. de ese hombre, señor Harthouse ?

— ¡ Oh ! perfectamente.

— ¿ Su catadura, sus modales y lo que dijo ?

— Perfectamente ; me produjo la impresión de un ser atrozmente fastidioso, anodino y vulgar. Por lo demás, era bastante hábil, como lo probó con su elocuencia, adquirida en la escuela de la humildad virtuosa ; pero le aseguro que yo mismo, hace poco, me decía : Amigo mío, abultas la cosa.

— Confieso que me apena juzgar mal á ese hombre.

— Querida Luísa... como dice Tom (éste no la llamaba nunca querida mía) ¿ sabe V. algo bueno de ese individuo ?

— No, en verdad.

— ¿ Ni de cualquier otro individuo de su clase ?

— No — replicó ella, con acento parecido al

de antes, que había perdido desde algún tiempo — ¿ Como quiere V. que los conozca ? Nada sé de los hombres ni mujeres de esta clase.

— Querida Luísa, dignese admitir las ideas que le expone con humildad su atento amigo, que ha estudiado á algunos de estos excelentes individuos ; porque son excelentes, y lo reconozco, á pesar de ciertas pequeñas debilidades, entre las que se cuenta la de apropiarse de todo lo que está al alcance de su mano. El individuo en cuestión se entretiene en hacer frases muy bien ; pero ¿ quién no sigue su conducta ? También hace profesión de moralidad : muy bien ; pero todos los charlatanes hacen profesión de moralidad. Desde la Cámara de los Comunes hasta la casa de corrección, todo el mundo hace gala de moralidad, menos la gente de nuestro partido ; y esta escepción es lo que, en realidad, impide que seamos soporíferos. Usted ha oído hablar y se ha enterado de la cuestión : se trata de un individuo de la clase hilachosa, que se ve depuesto en sus funciones por el Sr. Bounderby, quien no atesora, como demasiado sabemos, la delicadeza necesaria para dorarle la píldora. El miembro de la clase hilachosa se siente vejado é irritado ; abandona la casa á regañadientes, halla alguien que le propone esa asociación para el negocio del banco, acepta, se mete

algo en el bolsillo, que poco antes se hallara vacío, y se aleja con ánimo reposado sobre el particular. A la verdad, hemos de convenir en que ese Blackpot, en vez de ser un hombre vulgar, hubiera sido un individuo muy por encima de los demás, si no se hubiese dado prisa en aprovechar la ocasión. Quizá se hubiera adelantado á ella, de tener la inteligencia necesaria.

— Casi siento remordimiento — contestó Luisa, después de meditar un instante en silencio — de empezar á creer á V. y de que, por lo dicho, me aligere de un gran peso.

— Digo cosas razonables, que pueden creerse sin remordimiento. He hablado de ello más de una vez con mi amigo Tom (pues entre él y yo existe absoluta confianza), y participa por completo de mi opinión en este asunto, como yo de la suya. . . ¿Quiere V. dar un paseo?

Y, á través de las avenidas sombreadas por el descenso de la luz crepuscular, se alejaron los dos, paseando, ella apoyada en el brazo de él, sin pensar en modo alguno que iba bajando, sin interrupción, por la escalera de la Sra. Sparsit.

De noche y día la Sra. Sparsit sustentaba *mordicus* ese edificio. Pero no bien llegase Luisa abajo y desapareciese en el abismo, podía la

escalera derrumbarse sobre la joven; pero el monumento debía permanecer en pie hasta aquel instante, para solaz de la Sra. Sparsit, la cual advertía diariamente como Luisa bajaba sin cesar, siempre más á prisa.

La Sra. Sparsit veía al James Harthouse como iba y venía, oyendo hablar de él á derecha é izquierda, fijándose en la manera como él advertía las transformaciones del rostro de Luisa, que estudiaba; notaba, lo mismo que él, si se cubría con alguna nube, cómo y en qué instante; también sabía por qué se dilataba inmediatamente; y abría de modo extraordinario sus ojos negros, sin el más infimo conato de piedad y de remordimiento, absorta en su anhelo curioso, con el interés que ofrecía el espectáculo de verla llegar á los últimos peldaños de aquella escalera imaginaria, sin que una mano le prestara auxilio y evitase que cayera en el precipicio.

A pesar de todo su respeto para el Sr. Bunderby (que ella distinguía en público del imbécil del retrato) la Sra. Sparsit no tenía el menor propósito de impedir que Luisa descendiera. Aguardaba en silencio, atisbando disimuladamente la escalera; y cuando agitaba, lo que sucedía raras veces, su mitón derecho y cerraba el puño, con mirada amenazadora, viendo bajar

aquella figura, lo hacía á escondidas y sin que nadie lo advirtiera.

CAPÍTULO XXVII

MÁS BAJO, SIEMPRE MÁS BAJO

Luisa bajaba por la gran escalera, sin volver los ojos; yendo directamente y sin dilación, como un peso en aguas profundas, hacia el abismo oscuro que abajo la aguardaba.

Enterado el Sr. Gradgrind del fallecimiento de su esposa, había salido de Londres y la había enterrado, como es de rigor en un hombre práctico. Después se dió prisa en volver á su montón de ceniza nacional y púsose nuevamente á pasarla por el cedazo, con el objeto de descubrir lo que buscaba en ella y lanzar el polvo á los que buscaban otra cosa. En una palabra, volvió á hacerse cargo de sus funciones parlamentarias.

Sin embargo, no descansaba la Sra. Sparsit un punto en su vigilancia asidua. Aunque separada de su escalera, durante la semana, por el trayecto de ferrocarril que unía la casa de campo á Cokeville, no dejaba de observar con atención los movimientos todos de Luisa, como una gata en acecho. El marido, el hermano,

el Sr. James Harthouse, el sobre de las cartas y de los paquetes, todo objeto animado ó inanimado que tuviera alguna relación con la escalera, le suministraba, sin saberlo, informes útiles. « Ya tiene V. el pie en el último peldaño, señorita, » dijo la Sra. Sparsit, increpando, con su mitón amenazador, á la mujer que descendía, según ella. « Por más que haga V., sus artificios no me deslumbrarán. »

No obstante, sea por efecto del arte, sea por efecto de la naturaleza, ó gracias al fondo primitivo del carácter de Luisa, ó merced á los sentimientos que las circunstancias le despertaran, lo cierto es que su extraña reserva desconcertaba á la Sra. Sparsit, estimulando su curiosidad. El propio James Harthouse no tenía á veces la seguridad de comprender al objeto constante de sus desvelos. A ratos nada podía leer en el rostro que estudiara con tal ahinco, y la joven solitaria se convertía para él en un misterio más impenetrable que las demás mujeres, rodeadas de satélites que las hacen disimular.

El Sr. Bounderby tuvo, sin embargo, que ausentarse tres ó cuatro días, por un asunto que reclamaba su presencia. Comunicó esta noticia á la Sra. Sparsit un viernes, en la casa de banca.